

Michel de Montaigne: Autorretrato de un pensador a caballo

Sergio Toledo Prats

DEL CABALLO A LOS *ENSAYOS*

Si los dioses le hubieran concedido a Montaigne el don de la inmortalidad habría cumplido hoy, 28 de febrero de 2024, 491 años¹. Para celebrar este aniversario les voy a presentar algunos aspectos de la obra de este importante personaje de la cultura europea que sigue siendo leído y estudiado con admiración por su sabiduría práctica y su estilo literario desenvuelto.

⁽¹⁾ Fecha de la conferencia del mismo título impartida en el Instituto de Estudios Hispánicos, Puerto de la Cruz, dentro del ciclo «Pensamiento y Modernidad en el tránsito de la Revolución Cosmológica».

Todavía joven, a mitad de la treintena, sufrió una grave caída del caballo tras ser embestido por un robusto servidor suyo que de manera imprudente en su carrera desenfrenada chocó contra su montura; perdió la conciencia, sus compañeros no consiguieron que la recobrara y lo llevaron en brazos hacia su casa. Lo creyeron muerto durante dos horas. Cerca ya de su destino, recobró apenas el sentido; tenía la vista turbia, era incapaz de hablar y vomitaba sangre de manera intermitente. Al llegar a su casa no la reconoció, aunque sí a su mujer. Durante días no pudo recordar nada del accidente y sufrió dolores largo tiempo. Esta contundente experiencia de la finitud de la vida lo llevó a volcarse en sí mismo y a retirarse de su trabajo como magistrado para dedicarse al estudio y a la escritura.

Hasta entonces la filosofía se escribía mayoritariamente, desde los tiempos de Aristóteles, en forma de tratado académico, con excepción de algunas formas más literarias, como la emulación de los diálogos de Platón. Montaigne inventó el ensayo como género literario, en forma de texto especulativo con grandes dosis de subjetividad que presenta argumentos en favor o en contra de un tema con afán didáctico. Lo usa con gran libertad respecto a sus contenidos, pues en su obra caben una multitud de temas: abundan los que versan sobre asuntos morales relacionados con las virtudes y los defectos humanos; también acerca de las pasiones y sentimientos, así como sobre enseñanzas para la buena vida extraídas de obras de la Antigüedad griega y romana; menos son los relacionados con la política, la educación o la religión. También fue muy laxo respecto a su extensión; de los 107 ensayos, el menor tiene una página y el mayor más de doscientas; los del primer tomo son más breves, los del tercero son más largos.

Los *Ensayos* inauguran la filosofía moderna de la subjetividad, cuyo centro de gravedad no reside en la Naturaleza, como en el pensamiento griego y romano, ni tampoco en Dios, como había ocurrido en el cristianismo medieval, sino en el

(2) *De propria vita*, la autobiografía de Girolamo Cardano escrita a mediados del siglo XVI, no se publicó hasta mediados del XVII. Lo mismo ocurrió con la *Vita*, autobiografía de Benvenuto Cellini, que no fue publicada hasta la primera mitad del siglo XVIII. En todo caso, son obras de tono y propósito muy distinto.

(3) Este era el nombre en lengua occitana; en francés, Saint-Michel de Montaigne.

(4) Por esta rama era primo segundo del jurista, humanista, filólogo y políglota Martín Antonio del Río y López de Villanueva, miembro de una de las familias españolas más poderosas de Flandes.



Catafalco de Montaigne, Universidad de Burdeos.

(5) Sus héroes políticos fueron Alejandro Magno y Julio César; en filosofía estima sobre todo al Sócrates platónico, Aristóteles, Cicerón y Séneca; en poesía, a Horacio, Virgilio y Ovidio; en Historia, a Tucídides y Plutarco.

(6) Este importante ensayo es el más extenso, con cerca de 230 páginas. Raimundo Sabunde (en catalán Ramon Sibiuda) fue profesor de Medicina en Toulouse, filósofo y teólogo. Había nacido en Barcelona hacia 1385 y murió en Toulouse en 1436. Escribió el *Libro de las criaturas o de la Naturaleza*, publicado en 1436 y reeditado en 1485. A petición de su padre, que apreciaba mucho la obra, Montaigne la tradujo del latín y la publicó bajo el título *Teología natural* en 1569. El libro había sido puesto en el *Índice de libros prohibidos* unos años antes, en 1564. El propósito del autor era liberar a la filosofía de la tutela de la teología, por lo que ataca la doctrina de la doble verdad: la revelada y la racional.

individuo humano, en el yo. De ahí que el autor nos hable tanto de sí mismo, de su carácter, temperamento, ideas, creencias, hábitos y gustos. Desde las *Confesiones* de Agustín de Hipona, escritas hacia el año 400, no se había publicado en Europa ninguna obra autobiográfica de importancia². ¿Por qué se atreve Montaigne a tal novedad? Porque a su juicio –y es una de sus creencias más firmes y definitorias– «cada hombre contiene la forma entera de la condición humana».

EN FAMILIA

Nuestro filósofo nace el 28 de febrero de 1533 en Sent Micheu de Montanha³, una aldea situada a unos cincuenta kilómetros al este de Burdeos. Por el lado paterno pertenece a la familia de los Eyquem, comerciantes de bacalao enriquecidos que pertenecen a la baja nobleza rural. Por el lado materno, pertenece a la familia de los López de Villanueva, judíos conversos aragoneses, exiliados en Francia, comerciantes de pintura al pastel⁴. Era el mayor de los tres hermanos y tres hermanas que llegaron a adultos. Se casa con Françoise de la Chasaigne en 1565, con quien tendrá seis hijas, de las que solo una le sobrevivirá.

En 1571 abandona su trabajo como magistrado en el Parlamento de Burdeos para dedicarse al estudio del mundo y reflejar sus cavilaciones en los *Ensayos*; desde entonces pasará gran parte del tiempo en su torre circular y privada, que tenía una capilla en la planta baja, en la segunda su dormitorio y en la tercera su biblioteca, heredada en parte de su amigo Étienne de la Boétie, donde había hecho inscribir en las vigas del techo diversas sentencias de autores clásicos

en latín y griego a las que se siente muy afín. En ella se encierra a leer a los autores clásicos para conocerse mejor a sí mismo y a los demás; este empeño introspectivo lo llevó incluso a encomendarle a un sirviente durante un tiempo que lo despertara a horas prefijadas para averiguar qué estaba soñando.

Su primera ocupación fue editar una serie de manuscritos del difunto La Boétie, obra en la que incluye su propio relato sobre la muerte de su amigo, en forma de carta a su padre, Pierre de Montaigne. Su intención era incluir también el célebre *Tratado de la servidumbre voluntaria*, breve obra de juventud en que su La Boétie criticaba solapadamente la política de su época analizando el tema de la legitimidad del poder y la desobediencia civil frente a la tiranía. Montaigne vio frustrado su propósito porque los hugonotes habían hecho ediciones clandestinas del panfleto, usándolas como ataque a la monarquía y, como católico de convicción, no quería exponerse a ser tomado por un miembro encubierto del bando contrario.

En 1572 comienza a escribir los *Ensayos*, que publicará en dos tomos en 1580. El primero consta de 57 ensayos, en su mayoría breves, y en ellos tiene mucho peso su conocimiento de la historia griega y romana⁵; el vigésimonoveno contiene 29 sonetos de La Boétie. En el segundo hay 37 ensayos, incluyendo la *Apología de Raimundo Sabunde*⁶, y en ellos la individualidad de Montaigne se ha convertido ya en

el tema dominante. En 1588 publica el tercer tomo, con trece ensayos de mediana extensión, completando así una obra que ocupa unas 1400 páginas. De principio a fin escribe con un lenguaje natural, cercano a la oralidad y alejado de la retórica jurídica que practicó durante sus años de trabajo en los tribunales, tratando siempre de ir directamente al meollo del asunto bien pertrechado de argumentos, aunque a veces, en los temas más difíciles o dudosos, se recree en las divagaciones.

Mientras vivió, no dio un ensayo por terminado; sus nuevas experiencias quedaban fielmente retratadas añadiendo textos que iban engrosando los originales; al comparar la segunda edición de los dos primeros tomos con la primera, se observa que hay más trabajo de adición que de corrección. Las páginas de los ejemplares personales de sus *Ensayos* están llenas de anotaciones en los márgenes, lo que incita a pensar que solamente la falta de espacio detenía su labor de ampliación de los textos mediante el añadido de ejemplos, casos e informaciones complementarias. La obra que comenzó siendo un propósito y un desafío que se imponía a sí mismo al entrar en la madurez, se había convertido al final de su vida en un retrato de cuerpo entero.

AUTORRETRATO

En el ensayo decimoséptimo del segundo tomo Montaigne presenta su autorretrato, advirtiendo que pretende describirse sin presunción, pero también sin temor ni vergüenza. Dice que es hombre de poca memoria, aunque bastante sensato gracias a su inteligencia, y que su gran imaginación le hace sufrir por los males de los demás. Es de complexión fuerte y reconoce que le molesta ser de baja estatura. Ha gozado de buena salud hasta los 45 años⁷ y nunca ha soportado las enfermedades. Declara poseer un carácter jovial, activo y alegre, entreverado con fases de melancolía que lo vuelven pasivo y triste.

⁷⁾ Edad a la que ha sufrido los primeros cólicos nefríticos debido a los cálculos renales, enfermedad que dice haber heredado de su padre y que lo acompañará de manera crónica hasta su muerte.

Tiene un talante conservador y su norma personal dicta que en caso de duda lo mejor es atenerse a la tradición. Le disgustan las novedades y es poco amigo de correr riesgos. Considera que es tradicional en sus hábitos, pero moderno en su pensamiento, y que es más libertino en sus fantasías que en sus placeres reales. Es hombre firme y resuelto a la hora de actuar, franco y sincero a la hora de hablar y se siente orgulloso de ser un hombre de palabra que cumple sus promesas.

Afirma que lo que más le importa en la vida es preservar su libertad, pues está habituado a hacer lo que le da la gana; por ese motivo es enemigo de tener obligaciones y de meterse en negocios. Admite su poca constancia y su falta de ambición, pero se jacta de no ser ni adulator ni hipócrita. Es muy dubitativo a la hora de pensar, porque siempre encuentra razones a favor y en contra. Reconoce que es perezoso y le encanta dormir y meditar en soledad. Se declara poco rencoroso y moderado en la venganza. Es una persona sensible, respetuosa y enemigo de la crueldad con los animales y las plantas.

De joven gastaba su dinero con alegría, luego se volvió ahorrador y finalmente aprendió a equilibrar los gastos con los ingresos. Confiesa que no le gusta deber favores para no sentirse en deuda. Pocas cosas le importan mucho y una es montar a caballo, porque es un buen jinete, capaz de cabalgar hasta diez horas seguidas. Disfruta sobre todo con tres tipos de actividad: el trato social, porque le encanta conversar y polemizar; todavía más le gusta el trato con las mujeres,

aunque lo que más le place es el trato con los libros, pues sentía una gran atracción por conocer las costumbres de otros pueblos del pasado y del presente. Es un hombre que le otorga más valor a lo que ha hecho de sí mismo que a lo que él es según su naturaleza propia. Su ideal es vivir en la tranquilidad familiar, según reglas razonables, disfrutando de los placeres con mesura y dedicado a lo que su carácter le solicita.

Hasta aquí he resumido su autorretrato explícito, que como lectores modernos debemos tomar con todas las precauciones acerca de su grado de verdad, aun reconociendo la verosimilitud y coherencia que se desprende de su relato. Montaigne, buen lector de Platón, adopta en su obra una perspectiva que pronto ocupará un lugar de honor en la literatura y la filosofía del Barroco: la vida es teatro y todo actor lleva la máscara de un personaje; es un tema que encontramos en Cervantes y Shakespeare, en Descartes y Gracián, en Calderón y Corneille.

Así pues, nuestro filósofo es consciente de la distancia que hay entre la idea que uno tiene de sí mismo y las ideas que de uno se hacen los demás, pero también de la diferencia entre la máscara que exponemos en el foro y la que imaginamos ante el espejo de nuestra conciencia. Montaigne escribe para conocerse a sí mismo y, sin embargo, como escéptico prudente, abriga sus dudas acerca de lo que descubre sobre sí mismo, se mantiene en guardia frente al autoengaño; de ahí que su divisa personal adopte una forma interrogativa: ¿Qué sé yo? En adelante expondré el autorretrato de una parte de sus ideas, la más vinculada a la sabiduría práctica y a la filosofía moral, tal como las desarrolla en los *Ensayos*.

EL PELIGRO DE LA RELIGIÓN

Montaigne vivió desde los 29 años en medio de las guerras de religión que asolaron Francia desde 1562, siendo regente del reino Catalina de Médicis, hasta 1598, reinando Enrique IV. Se cree que combatió en las primeras, aunque no hay constancia de ello y él no lo menciona en los *Ensayos*. En su opinión, la Reforma protestante había sumido a Europa en una situación de permanente desastre al haber provocado una enorme alteración de las costumbres. De ahí que deteste a quienes se creen con derecho a cambiar la religión tradicional, tanto a predicadores, como era el caso de Martín Lutero y Juan Calvino, como a políticos extremistas, caso del duque de Guisa y el príncipe de Condé. Tiene claro que la Reforma sobrevive no por motivos doctrinales, sino por los intereses políticos de los príncipes centroeuropeos y de la monarquía inglesa en librarse de la autoridad del papado y del Imperio católico de la casa de Austria.

No da muestras en los *Ensayos* de albergar un interés intelectual por los problemas teológicos en sí mismos, más allá de las repercusiones políticas que tenían. Si tradujo y publicó el libro de Raimundo Sabunde fue por complacer una petición de su padre, que profesaba una declarada admiración por el filósofo catalán. Quizás esto explica que, curiosamente, aunque ya desde el título presenta su ensayo como una defensa de las tesis de Sabunde, dedica más espacio a criticarlas abiertamente que a sostenerlas, pues a su natural escepticismo le debían parecer demasiado dogmáticas e insuficientemente argumentadas.

Para Montaigne, la gran virtud del cristianismo es que concede la salvación a cambio de la obediencia a las leyes, lo que representa un gran premio asequible a

los humanos por tan poco precio. En el conflicto que enfrenta a la Iglesia católica con las reformadas, sostiene que aquella no puede ceder en temas doctrinales, porque la religión es un sistema coherente, ordenado y cerrado, de modo que si se eliminara o modificara una parte acabaría desmoronándose por entero. A pesar de su desinterés por la teología, la prudencia le aconsejó manifestar su posición contra la Reforma; sin embargo, a nivel práctico, siempre defendió en aquellos tiempos turbulentos la tolerancia religiosa, necesaria para la convivencia política, pues le parecía absurdo tratar de imponer una religión por la fuerza a pueblos que no la compartían.

Contra la libre interpretación de la Biblia por los fieles, promovida por las Iglesias protestantes, su argumentación se basa en la dificultad de interpretar la palabra divina: si los propios teólogos se enzarzan en polémicas, ¿qué se puede esperar de las lecturas que hagan los simples fieles? Contra la doctrina reformada sobre la predestinación, que aduce que todo ser humano tiene fijado su destino por Dios desde el momento de ser concebido, Montaigne argumenta que las acciones humanas no son impuestas por el Creador, lo que garantiza que los hombres son libres y responsables de sus actos.

POLÍTICO EN TIEMPOS DIFÍCILES

Tras el retiro de Montaigne, los reyes de Francia Enrique III y Enrique IV le encomendaron algunas misiones diplomáticas como mediador entre los católicos y los calvinistas franceses, conocidos como hugonotes, que llevó a cabo entre 1575 y 1588. En 1581 fue elegido alcalde de Burdeos, un cargo que ya había ocupado su padre treinta años antes; no fue por voluntad propia, pero nada pudo hacer frente a la orden del monarca, que era inapelable. Desempeñó su labor con éxito, pues fue reelegido para un segundo mandato de dos años, tal vez porque hizo caso al consejo que se dio a sí mismo: no apurarse tanto como su padre en el ejercicio de sus funciones públicas.

Esta fue toda su actividad política, una ocupación que no le gustaba, porque había leído a Maquiavelo y sabía que por razones de Estado las autoridades estaban dispuestas a mentir, traicionar y asesinar. Saltarse todos los principios éticos cuando resultara oportuno para conservar o ejercer el poder no encajaba en absoluto con su carácter; además, sentía desdén por la gloria y la fama. Sospecho que aceptó realizar las misiones diplomáticas por lealtad a la patria en su hora peor y por su sentido de la amistad hacia quienes se las encargaron, más que por voluntad propia o por los beneficios personales que pudiera sacar de ellas.

Montaigne se queja de que en esos tiempos de guerra civil se ha extendido por doquier un libertinaje que desprecia las leyes y no las respeta, la corrupción se ha generalizado y el desorden social ha crecido, lo que en conjunto ha generado una situación peor que el estado de injusticia anterior. En su actitud hacia la política veo una prefiguración del liberalismo que se abrirá camino en la segunda mitad del siglo siguiente gracias a pensadores como Baruch Spinoza y John Locke. Concibe al político como alguien que debe servir a lo público y ser útil a la mayoría, porque eso es lo más honroso en el ejercicio de su cargo. Como buen liberal, defiende la libertad de conciencia en una época de dogmatismo fanático y polarización absoluta entre católicos y protestantes. En general, le parece que hay en su época un exceso de legislación que constriñe la libertad de los individuos. Su

oposición a las guerras de conquista le lleva a considerar absurda la pretensión de imponer las leyes propias de los conquistadores a los pueblos conquistados.

DOLORES RESISTIBLES Y PLACERES MODERADOS

Cuando Montaigne comienza los *Ensayos* aún goza de buena salud, todavía no ha sufrido los primeros ataques del mal de la piedra, como se llamaba entonces a los padecimientos derivados de los cálculos renales, cuyas huellas amargas no aparecen hasta las últimas páginas del tomo segundo. Para él, que sigue la tradición de la medicina hipocrática griega, la salud estriba en la armonía del cuerpo y la mente; aunque la salud sea un estado natural, es consciente de que mantenerla exige sacrificios, por ejemplo, huir de todos los excesos.

También la enfermedad es un estado natural que forma parte del ciclo de la vida, y hay que resignarse a ella y confiar en que tal como vino se irá, cuando nos haya hecho pagar el precio de los actos nocivos que nos han perjudicado. Aconseja prescindir de médicos y boticarios en la medida de lo posible; considera que el autodiagnóstico mediante el estudio del placer corporal es un indicador más fiable que los consejos médicos. Siente desconfianza hacia los fármacos, que le parecen más un asunto de magia que de ciencia.

Frente al dolor Montaigne aconseja cultivar la paciencia y conservar la mente clara, para no empeorar la situación tomando malas decisiones influidos por el temor; siempre es mejor hacerle frente que acobardarse. Explica que el miedo al dolor proviene del miedo a la muerte, porque se siente aquel como un indicio y preludio de esta. Respecto a los males del alma, recomienda como mejor terapia distraer la mente del que los sufre para hacerle cambiar de perspectiva, apartando su conciencia del penoso estado en que se encuentra.

Con relación al placer, su principal enseñanza es prevenirnos contra el fanatismo moralista que huye de los placeres a costa de la vida, sacrificando ante el altar de la moral la busca de la felicidad y la alegría. Parece ser que de joven fue bastante mujeriego o al menos así lo recordaba en su avanzada madurez. Tras casarse a los 32 años, moderó sus apetitos sexuales, aunque no tanto sus impulsos seductores, y en diversas ocasiones manifiesta en los *Ensayos* una clara nostalgia del vigor sexual de su juventud. Más de una vez también se queja de lo poco razonable que le parece el puritanismo de su época, que impide hablar abiertamente de sexo, siendo como es una actividad natural.

Montaigne se explaya lamentando la autonomía del pene, lo que en su tiempo fue considerado extravagante, además de inusual; le fastidia bastante no poder controlar a voluntad un órgano de tamaño importancia. Es cierto, nos dice, que no es el único que actúa por su cuenta, a despecho de las intenciones de la mente, pero considera que es el que más importa a los hombres. Según su experiencia, el goce erótico tiene mucho de imaginación, que cumple una función positiva a la hora de enardecerse, pero muy negativa en aquellas situaciones en las que el temor a no estar a la altura deseada provoca impotencia. En cuanto a los deberes eróticos con la esposa, recomienda ejercerlos con prudencia y sin excesos, porque la asiduidad incontrolada perjudica el disfrute, ya que lo vuelve rutinario. Y puesto que la embriaguez es perjudicial para el erotismo, nos aconseja que es mejor dejarla para la vejez.

PASIONES EN CUERPO Y ALMA

Montaigne había estudiado el dictamen sobre las pasiones de las distintas escuelas filosóficas de la Antigüedad. Los socráticos aspiraban a dominarlas, los epicúreos se conformaban con moderarlas, los estoicos exigían combatir las hasta lograr extirparlas. Para él, las pasiones son una parte fundamental de la condición humana, de manera que pretender anularlas significa destruir la vida. Son la expresión del cuerpo en la acción y en el pensamiento; tienen tanta potencia que si prestamos atención a los demás podemos reconocerlas en la gestualidad de sus cuerpos.

Para vivir con bienestar es fundamental que el cuerpo y la mente no se perjudiquen mutuamente, que no estorben entre sí la satisfacción de sus particulares apetitos, desatando una lucha interior. Acepta, como los filósofos antiguos, la regla de no dejar que las pasiones dominen la voluntad, pero a la vez nos exhorta a reconocer la autoridad de los deseos del cuerpo, doctrina esta última que se aparta de la tradición antisensualista de la filosofía cristiana medieval y se halla más acorde con la Modernidad naciente. Nos advierte que vivir las pasiones con moderación es más difícil que condenarse a la abstinencia, porque la tentación está más presente en la persona moderada que en quien se ha autoimpuesto una prohibición total.

Montaigne es consciente del poder limitado de la razón para gobernar los apetitos del cuerpo. Nos dice que su juicio no es capaz de reformar sus apetitos, pero a continuación señala que tampoco sus deseos corporales pueden cambiar el juicio moral que su mente formula sobre ellos. Su estrategia recomienda tratar con mesura las pasiones gozosas para no verse desbordado por ellas y rendirles la voluntad, mientras que frente a las pasiones dañinas hay que mantenerse en guardia y resistirse en todo momento para no verse debilitado progresivamente.

Una de las pasiones más perjudiciales es el miedo, porque paraliza nuestra capacidad de reacción o bien provoca una huida instintiva; en ocasiones, incluso nos fuerza a demostrar de modo temerario un valor que no tenemos y con harta frecuencia nos hace caer en estados de angustia y pánico. En cualquier situación asustarse nubla la mente, lo que aumenta el peligro de tomar peores decisiones en momentos críticos en que se necesita echar mano de la mayor claridad de espíritu.

Otra de las pasiones fundamentales es el deseo, que Montaigne califica de insaciable, porque su experiencia le enseña que nunca dejamos de desear. Más aún, el hecho de que se nos imponga cualquier prohibición tiene el efecto indeseado de que incrementa la intensidad del deseo y el impulso de transgredirla. Reaccionamos así no solo porque se nos niega algo que queremos, sino también porque albergamos la sospecha de que tras la prohibición hay un placer que se nos oculta.

Respecto a la ambición, que define como querer hacer grandes cosas para ser admirado, nos dice que es más poderosa que el amor, porque nos promete la admiración de muchos, mientras que el amor nos ofrece la de una sola persona. En su opinión, la fuerza de la avaricia, una pasión malsana, proviene del instinto de supervivencia, que nos conmina a buscar la seguridad, que en este caso conduce a acumular bienes para sentirse a salvo ante contingencias futuras.

Señala que la envidia, en cuanto deseo de tener lo que otros poseen, no se experimenta solo porque carecemos de los bienes que envidiamos, sino también porque queremos aquello que su posesión le da al otro, sea felicidad, poder, riqueza o prestigio. Acerca de la agresividad nos dice que es preferible expresarla hacia fuera, lo que no quiere decir necesariamente hacia otros. Advierte que es peor fingir moderación y reconcomerse por dentro en silencio, porque no conviene acumular sentimientos que no se pueden digerir. Siguiendo la enseñanza de Platón, sugiere no castigar a nadie cuando nos domina la cólera, porque en esos momentos se ven los fallos y las culpas ajenas mayores de lo que son, ya que se pierde el sentido de la medida, así que si se pretende ser justo es preferible demorar la sanción a imponer.

Montaigne es un hombre de moral caballeresca y fuerte sentido del honor, lo cual le lleva a juzgar que la venganza y la crueldad nacen de la cobardía. Ha podido comprobar en persona que el tiempo de la guerra y el de la justicia son dos tiempos diferentes, incompatibles, excluyentes entre sí. En la batalla prima el instinto de supervivencia, en los tribunales la voluntad de castigo, que es la heredera del instinto de venganza. Como jurista emite su sentencia con precisión: El ruido de las armas no deja oír la voz de las leyes.

Montaigne tuvo diversos enamoramientos, más eróticos en su juventud, más intelectuales en su madurez. Su concepción de la pasión amorosa atañe simultáneamente al cuerpo y al alma: es atracción física y afinidad mental. Requiere la unión de la admirable Venus, en cuanto belleza corporal –la atracción estética– y en cuanto belleza espiritual –la afinidad mental–, con el punzante Cupido, la atracción erótica. Sabe que la naturaleza del amor suele ser violenta y le basta para argumentarlo la abundancia e intensidad de los celos. Por ello considera que es un gran riesgo entregarse a esa pasión furiosa e imprudente que los franceses llaman *amour fou*, amor loco.

Nos advierte, supongo que por experiencia, que no es buen negocio fingir amor para obtener favores sexuales por las complicaciones que acarrea, que suelen producir perjuicios más duraderos que los beneficios que se buscaban. Reconoce la facilidad del amor masculino para el perjurio, haciendo todo tipo de promesas galantes a sabiendas de que quedarán incumplidas. Respecto a los hombres que acosan indistintamente a cualesquiera mujeres, se pregunta si lo hacen impulsados por su carácter temerario o más bien es una consecuencia del desprecio que sienten por ellas. En esos momentos la literatura española está respondiendo a ese interrogante con el personaje teatral de Don Juan, que se difundirá luego por toda Europa.

Dos lecciones básicas transmite Montaigne sobre la amistad. La primera es que se reconoce su verdad y condición cuando se siente que importa más la entrega al otro que la atracción del otro por ti. La segunda, que la amistad por admiración es más valiosa que la que surge por atracción erótica, por provecho propio o por necesidad. En su juventud tuvo un amigo por excelencia: Étienne de la Boétie. Habían estudiado en el mismo colegio, pero solo se conocieron en persona cuando coincidieron trabajando como magistrados en el Parlamento de Burdeos; tenían por entonces 25 y 28 años, respectivamente.

La Boétie había escrito un breve tratado político titulado *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, también conocido como *Contra el Uno*, que ha sido conside-

rado un precursor de la desobediencia civil. Es un texto que Montaigne admiraba por su genio libertario en el que se cuestiona la legitimidad del poder y se explica cómo este subsiste gracias al miedo de los súbditos, a su hábito de sumisión y al hecho de que se vale de la religión, la moral y la superstición para cumplir ese objetivo. Sabemos la opinión que La Boétie tenía sobre su amigo por un poema que le dedicó, en el que lo considera

un joven brillante y prometedor, pero cuya dispersión mental, unida a su atracción por el sexo femenino y a su escasa disposición para aceptar cualquier tipo de consejos, ponían en peligro el desarrollo de sus dotes.

Ambos eran hombres cultos y amantes de la libertad, de modo que al encontrarse surgió la amistad a primera vista. Montaigne explica esa atracción como la unión de dos espíritus basada en su afinidad de inteligencia y de voluntad. Nos cuenta que la suya fue una amistad exclusiva, cuya excelencia no se podía compartir. Duró poco más de cuatro años, hasta la temprana muerte de La Boétie, probablemente de tisis o de peste. Montaigne lo acompañó en su agonía y lo echó de menos toda su vida. En una anotación al margen del ensayo sobre la amistad, en su ejemplar personal de los *Ensayos*, se pregunta: ¿Por qué le quería? Y la respuesta es célebre: «Porque era él, porque era yo»⁸.

En los últimos años de su vida fue muy amigo de Marie de Gournay, quien primero fue admiradora de su obra, luego amiga y tras la muerte de Montaigne fue su editora y prologuista. Se conocieron durante su estancia en París en 1588 con motivo de una negociación diplomática con el rey Enrique III que le había encargado Enrique, rey de Navarra y futuro Enrique IV. Los jefes de la Liga, que sospechaban que la misión de Montaigne consistía en lograr una alianza entre ambos reyes, lo que chocaba frontalmente con los intereses del bando ultracatólico, ordenaron encarcelarlo en La Bastilla y tuvo que intervenir la reina madre Margarita de Médicis para liberarlo.

Se vio obligado a pasar un tiempo en París vigilando la edición de sus *Ensayos*, y con ocasión de sufrir uno de los cólicos que afectaban a su salud, la señorita de Gournay, que tenía 22 años, lo invitó a recuperarse de los achaques en su hacienda familiar, donde pasó varias semanas. Su afinidad intelectual les llevó a entablar una amistad que convenció al filósofo para tomarla simbólicamente como ahijada. Después del retorno de Montaigne a su hogar no volvieron a verse, pero mantuvieron correspondencia hasta la muerte del filósofo tres años más tarde. Ella se encargó de la tercera edición de los *Ensayos*, incluyendo todas las correcciones manuscritas que él había realizado sobre su ejemplar de la segunda edición, que le hizo llegar a tal efecto su viuda⁹.



Últimos momentos de Montaigne, óleo sobre lienzo de Joseph-Nicolas Robert-Fleury (1853), Museo de Arte y Arqueología de Périgord.

⁽⁸⁾ «Parce que cestoit luy, parce que cestoit moy». Ejemplar de la edición de 1588, tomo 1º, 28, editado por A. L'Angelier en París.

⁽⁹⁾ Dos años después de la muerte de Montaigne, Marie de Gournay (1565-1645) visitó a su viuda Françoise de la Chassigne y permaneció con ella quince meses, dedicada a conocer mejor la vida, la obra, el entorno y la biblioteca del filósofo, que ella heredaría. En años posteriores escribió diversos textos literarios, tratados filosóficos de espíritu feminista y realizó traducciones de autores clásicos.

VICIOS NATURALES, VIRTUDES APRENDIDAS Y VICEVERSA

Montaigne es por encima de todo un filósofo moral; como tal considera que la principal tarea del hombre es dirigir su conducta. Para ello aconseja regirse, en primer lugar, por las leyes de la naturaleza, es decir, aprender cómo funciona el mundo para aplicar esos conocimientos a la vida propia. En segundo lugar, recomienda guiarse por las morales pragmáticas y apartarse de las morales idealistas, es decir, centrarse más en las doctrinas que nos explican cómo es la vida que en aquellas que nos prescriben cómo debería ser.

Los actos deben juzgarse por las intenciones con que fueron realizados, o sea, por la buena o mala voluntad de sus autores. No podemos juzgarlos por sus resultados ni por sus consecuencias posteriores, al menos en la medida en que sean imprevisibles o estén más allá del alcance del sujeto. Plantea que el alma necesita permanecer activa, proponerse continuamente metas concretas. Pretender vivir en la ociosidad permanente es una falsa ilusión, una dispersión baldía y quimérica, un desperdicio de las potencialidades propias. De ahí que sostenga que tiene más valor lo que uno consigue hacer de sí mismo que aquello que ya es por naturaleza.

Montaigne nos advierte contra la tendencia natural a buscar las causas de nuestros males fuera de nosotros, en vez de investigar nuestras tendencias naturales. Considera que la mayoría de los males del carácter proceden de no haber corregido los vicios durante la infancia. Excusamos por comodidad los vicios que debemos a nuestra propia naturaleza, puesto que erradicarlos requeriría un esfuerzo constante; en cambio, los vicios que hemos aprendido suelen producir arrepentimiento, que se siente como una corrosión interior de la que uno necesita librarse. Si le pudiésemos preguntar cuáles son los defectos de su personalidad que más deplora, me parece muy probable que entre ellos enumerase la inconstancia, la pereza y el exceso de dudas.

Entre los defectos más abundantes en los humanos Montaigne resalta la presunción y la vanidad; no es de extrañar que los ensayos que les dedica se cuenten entre los más extensos de su obra. Convertirse en una persona presuntuosa es una consecuencia del amor excesivo por sí mismo y ocasiona dos tipos de problemas. Uno, estimarse en demasía y pretender más de lo que se puede lograr, con la consiguiente frustración por no alcanzar los objetivos propuestos. El otro, subestimar a los demás, ser incapaz de disimularlo y ganarse su desafecto.

Uno de los rasgos más acusados del carácter de nuestro filósofo, como él mismo confiesa, es que odia la mentira, porque es una traición a la verdad, un engaño deliberado. Pero la odia todavía más cuando procede de un amigo, porque la considera una deslealtad a la confianza que debe presidir toda amistad; para él, la traición es una de las peores formas de indignidad. Con ironía aconseja: «No te metas a mentiroso si no tienes buena memoria», porque la verdad tiene una sola cara, pero la mentira tiene mil y es muy difícil recordar con precisión las falsas versiones de los hechos que el mentiroso va prodigando por doquier. Detesta a los políticos que usan el lenguaje de manera torticera para, por un lado, falsear la realidad y embaucar al interlocutor presentándola edulcorada o tenebrosa, según convenga; por otro, para enmascarar sus intenciones, lo que no es un ejemplo, sino todo lo contrario, de la honestidad deseable y exigible en un servidor público.

A la hora de analizar y juzgar una conducta Montaigne establece una gran diferencia entre actuar según la conciencia moral propia, que uno va adquiriendo en función de la experiencia vital, o actuar obedeciendo a una moral religiosa, que es una tradición inculcada; la primera tiene para él un valor muy superior a la segunda. Señala la importancia de la conciencia moral como fuente de autocastigo por el sentimiento de culpa, fenómeno que refrendará más de tres siglos después Sigmund Freud al convertir el superego en una instancia de la personalidad, que desempeña esa función autopunitiva.

Si también le preguntásemos a nuestro filósofo cuáles son sus virtudes, creo que podríamos confiar razonablemente en que se contaran entre ellas su espíritu de libertad, el sentido de la amistad, la sinceridad, la moderación, la tolerancia y la despreocupación. En contra de la mayor parte de la tradición filosófica cristiana, Montaigne rechaza la concepción de la virtud como un camino ascético de sufrimiento. En su opinión, el ejercicio de la virtud debe producir voluptuosidad; cuando uno actúa con la intención de perfeccionar una virtud tiene que sentir la satisfacción de hallarse en el buen camino; cuando eso no ocurre es síntoma de que se mantiene un rumbo equivocado, lo que podríamos traducir a términos actuales diciendo que la virtud no es ni puede ser masoquista.

Como buen conocedor de la filosofía griega, Montaigne repite una lección de Aristóteles: se posee una virtud cuando es habitual, no cuando es ocasional. Para ser fiel a la etimología del término virtud, la *virtus* romana, que deriva de *vir*, virilidad, hay que ejercer la virtud como fuerza, no como debilidad. Sirva como ejemplo el ser piadoso sin compasión, o sea, ayudar al otro sin padecer con él, sin dejarse debilitar por la pena que nos causa; más bien al contrario, experimentando la alegría de poder socorrerlo, que nace de la empatía.

EL AJETREO DE LA VIDA COTIDIANA

Siguiendo a Heráclito, nuestro filósofo destaca que vivir es mudanza; hay que aceptar que todo cambia y, por tanto, hay que saber aprovechar la experiencia de vivir, que es una forma de conocimiento inacabable que aumenta día a día gracias a las novedades que nos vemos obligados a explicarnos. Nunca vivimos solo en el presente, siempre estamos a la vez más allá, porque vivimos con la experiencia y los recuerdos del pasado y asimismo nos alimentamos de deseos para el futuro, de esperanza en el porvenir. Pero nos advierte que hay que tener cuidado de no desperdiciar el presente por los temores que nos suscita el futuro, que con frecuencia se presenta nublado de amenazas.

Montaigne nos recuerda que en muchas ocasiones la razón y el azar se tropiezan yendo cada uno a contramarcha del otro; así pues, hay que intentar conseguir un equilibrio entre la firmeza y constancia de nuestras decisiones, que nos viene dada por la confianza en el resultado de nuestras deliberaciones racionales, y el sentido de la oportunidad, que nos permite aprovechar en favor propio los lances inesperados con que nos sorprende la fortuna.

Un objetivo permanente de toda persona ha de ser construirse una vida ajustada a su propia naturaleza. Sin embargo, hay que saber conciliar ese propósito con la necesidad de respetar las costumbres para evitar problemas con los demás; ahora bien, no hay que confundir la tradición con la razón, lo que da al individuo

un margen de libertad para ir más allá de los hábitos sociales. Aquí es instructivo recordar cuál fue la acusación formulada por enemigos de Sócrates ante los tribunales de Atenas que derivó en su doble juicio, condena al exilio y posterior suicidio: alentar a los jóvenes atenienses a dirigir su conducta según la razón, no según la tradición.

Hay que ocuparse de las cosas, nos dice Montaigne, pero preocuparse lo menos posible por nuestras imaginaciones sobre ellas, que suelen llevar implícitas una cuota de temor. Debemos reconocer que las costumbres y las cosas tienen su peso específico, como paso previo necesario para que el alma aprenda a darle su medida a cada una. Sabe que valorar las cosas es una tarea difícil, pero ineludible, que requiere experiencia, atención y razonamiento; nos previene de que hay que llevarla a cabo sin amilanarse ante los posibles errores, porque estos son un medio muy efectivo de aprendizaje.

A las personas conviene apreciarlas a la luz de lo que son, sin dejarse deslumbrar por el brillo de lo que poseen. Y respecto a las cosas, nos advierte que suele ser más beneficioso valorar lo que se conserva que lamentarse por lo que se pierde. Montaigne considera que el trato social es un medio imprescindible en la educación de la persona; para un liberal como él, es un imperativo vital no dejarse dominar ni querer dominar a otros, ya que lo considera una exigencia útil y necesaria para cada persona en sus relaciones sociales.

En tiempos de Montaigne, los matrimonios se concertaban por conveniencia económica o política, lo que expresa diciendo que no se casa uno por sí mismo, por su propio deseo, sino por la necesidad de fundar una familia y tener hijos, evento que no solo implicaba a los cónyuges, sino a las familias de ambos. Por lo que sabemos de su vida doméstica y por lo que deja entrever en su obra, parece que se atuvo a la habitual separación, propia de la época, entre el amor conyugal y el amor romántico, entre la vida doméstica y la vida social.

Considera que los criterios para juzgar la bondad de un matrimonio son la duración, la dulzura y el provecho; respecto al primero constata que los matrimonios por mera atracción erótica son los primeros en romperse, porque no suele ser un vínculo duradero a largo plazo. El segundo remite a poder llevar una vida alegre y serena, sin contratiempos permanentes ni altibajos emocionales. Con el tercero se refiere al beneficio económico, social y psicológico que cada cónyuge puede alcanzar durante su convivencia matrimonial.

Opina que en un buen matrimonio, la amistad es más importante aún que el amor, aunque reconoce que es difícil de lograr debido a la desigualdad de inteligencia entre ambos sexos y a las mil complicaciones que aparecen en la vida cotidiana, que aunque puedan ser juzgadas como leves cada una de ellas por separado, si se las toma en conjunto se nos presentan como demasiado pesadas porque las sentimos como continuas e irremediables.

Afirma con rotundidad que no se equivocan en absoluto las mujeres al rechazar las normas de la vida matrimonial, puesto que las han elaborado los hombres y se las han impuesto sin contar para nada con ellas. No ha de extrañarnos, por tanto, su estimación de que a las mujeres les falta constancia en el cumplimiento de los deberes del matrimonio; de ahí que lance una velada acusación de hipocresía



Michel de Montaigne, obra del escultor italiano Domenico Maggesi (1834), en la Esplanade des Quinconces, Burdeos.

contra aquellas que dan la impresión de querer más a sus maridos cuando están muertos que cuando estaban vivos.

De la lectura de los *Ensayos* parece claro que la personalidad de Montaigne no cuadraba mucho con el matrimonio, pues le gustaban poco las obligaciones, incluso las que él mismo se imponía. El hecho de que prefiriera pasar sus días encerrado con los libros en su torre antes que entretenido con su esposa en actividades domésticas o sociales, nos inclina a creer que le resultaba más fácil manejarse con las historias de los antiguos que implicarse en los deberes conyugales. Sin embargo, su empatía con el sufrimiento de las mujeres sometidas por las convenciones sociales a una situación de inferioridad, así como su sensibilidad hacia los seres vivos y su escaso espíritu belicoso, son factores que han llevado a algunos críticos a afirmar que escribía pensando más bien en el público femenino que en el masculino.

Nuestro filósofo, que ha recorrido muchas leguas desde su juventud por los caminos de Francia, se siente un hombre cosmopolita en el espacio y también en el tiempo gracias a sus lecturas. Elogia los beneficios del viajar, sobre todo el hecho de poder conocer la diversidad de los seres naturales y la variedad de las costumbres de los pueblos. En 1562, movido por su curiosidad intelectual, acudió a Ruan para conocer a unos tupinambás del Brasil que unos navegantes franceses habían traído para presentárselos al rey Carlos IX, en aquel entonces un niño de doce años.

En cierto momento de su estancia un cortesano les preguntó a los indígenas qué les había extrañado más de lo que habían visto en Francia y ellos nombraron tres cosas. La primera, que no comprendían por qué los robustos y bien armados hombres de la guardia real obedecían a un niño, en vez de elegir como jefe al mejor de ellos; la segunda, que tampoco comprendían por qué los muchos pobres no mataban a los pocos ricos para terminar con esa desigualdad tan injusta. De la tercera dice Montaigne que lamenta mucho haberla olvidado, pero sospecho que habiendo tenido tantos años después para corregir ese pasajero fallo de memoria se trataba más bien de algo que no podía ponerse por escrito, bien porque hubiera supuesto un peligro político para él, bien porque ofendiera los sentimientos religiosos o bien porque chocara con el pudor de la época.

En el ensayo donde cuenta esa historia, titulado «De los caníbales», Montaigne hace gala de una mirada antropológica que se aparta del eurocentrismo, afirmando que cada pueblo cataloga como bárbaro y salvaje todo aquello que no pertenece a sus costumbres y considera su propia cultura como modelo de la razón y la verdad. En cambio, él declara su admiración por esos indígenas que llevan en su país una vida regida por las leyes de la naturaleza y poco corrompida por los artificios sociales. Esa comunidad más natural, que disfruta de una vida más libre, le parece superior a la ciudad ideal imaginada por Platón en su *República* y en sus *Leyes*, llena de normas impuestas por los legisladores; incluso parece comentar con cierta envidia la poligamia que premiaba a los guerreros tupinambás con más esposas en proporción a su valentía. Percibimos en Montaigne, atento al encuentro entre el Viejo y el Nuevo Mundo, ese espíritu abierto al valor de los otros que adoptará con el tiempo en la cultura europea la forma del mito del buen salvaje, que incluye asimismo una nostalgia del mito platónico de la Edad de Oro.

Montaigne prefiere los viajes aleatorios, cuyo itinerario depende del albur de las circunstancias y así fue el que realizó durante diecisiete meses, desde el verano

de 1580 hasta noviembre de 1581, al frente de una cuadrilla de amigos, familiares y sirvientes. Desde París, donde había presentado al rey un ejemplar de la primera edición de sus *Ensayos*, emprendió viaje hacia Suiza, cruzando los Vosgos camino de Basilea. Entraron en Alemania por el lago Constanza y se dirigieron a Augsburgo y Munich. Cruzaron Austria pasando por Innsbruck y entraron en Italia por el paso alpino del Brennero. Visitaron Venecia y bajaron por Bolonia y Florencia hasta Roma, donde permaneció cinco meses. Allí presentó los *Ensayos* ante las autoridades eclesiásticas para contar con su aprobación, cosa que logró sin mayor contratiempo que recibir unas objeciones de poca monta, a las que de vuelta en Francia no hizo ningún caso.

Uno de los objetivos del viaje era mejorar su salud combatiendo los cálculos renales mediante el tratamiento de aguas termales en los afamados balnearios del recorrido, cosa que hizo primero en Baden y luego en diversos lugares de Italia. Estando en uno de ellos, los baños de La Villa, recibió la noticia de que había sido elegido alcalde de Burdeos y se reclamaba su presencia. Demoró todo lo que pudo el viaje de regreso, hasta que recibió una orden terminante del rey para que volviera a Burdeos. Aun así, peregrinó al célebre santuario de la Virgen de Loreto, al sur de Ancona, y desde allí emprendió con la debida parsimonia el camino de vuelta a casa, vía Florencia, Milán, Turín y Lyon.

EDUCACIÓN SINGULAR Y ESCEPTICISMO GENERAL

El pequeño Michel vivió en casa de su nodriza campesina los primeros dos años, una costumbre habitual de las familias pudientes para librarse de las molestias de cuidar a los niños pequeños durante la fase de lactancia. De retorno a casa, su padre realizó con él un atrevido experimento pedagógico: le buscó como preceptor un médico alemán y ordenó a su esposa y sirvientes que solo le hablaran al niño en latín, situación que se mantuvo hasta que cumplidos los seis años empezó a aprender francés y griego. Algún estudioso de Montaigne, con el que coincido, ha querido ver ahí el origen de su individualismo y de su característico desapego emocional respecto al mundo.

Entre 1540 y 1546 estudió Humanidades en Burdeos, en el Collège de Guyenne, de reciente creación, dirigido por el prestigioso humanista y pedagogo portugués André de Gouveia, que había sido rector de la Universidad de París. Entre 1548 y 1554 estudió Derecho en Toulouse o París o en ambas, pues se dispone de muy poca información sobre esos años de su vida. Comenzó a trabajar como magistrado en el tribunal fiscal de Périgueux y tres años después pasó como consejero jurídico al Parlamento de Burdeos, donde permaneció hasta su retiro en 1571. Entonces se dedicó a preparar una edición de manuscritos de La Boétie y rescató 29 sonetos de su amigo que incluyó a modo de homenaje en el primer tomo de los *Ensayos*.

Para Montaigne, la educación principal debe consistir en enseñar las buenas costumbres y el arte de vivir. En lo que respecta a la instrucción, señala que desarrollar la capacidad de razonamiento del estudiante debe tener prioridad sobre la enseñanza de cualquier ciencia concreta; lo que significa que da prioridad al instrumento, el arte de razonar, sobre sus aplicaciones prácticas. Considera que la educación no puede ser la misma para todos los alumnos, hay que escuchar a cada uno y conocer sus gustos. Los estudiantes no pueden limitarse a repetir las ideas de los maestros, sino que han de apropiárselas y usarlas en sus razo-

namientos. Rechaza el uso disciplinario de los castigos corporales y someter a los alumnos a la vergüenza pública ante sus compañeros porque le parece un método contraproducente.

Hace notar que todo el mundo está contento con lo que sabe, sencillamente porque desconoce la magnitud de lo que ignora y, en consecuencia, no le da importancia. Para nuestro filósofo, vale mucho más la razón que uno elabora y desarrolla por sí mismo, basándose en su particular experiencia vital, que la razón aprendida de la religión o de las leyes. Hasta entonces, la filosofía se había practicado habitualmente en forma de saber sistemático, pero Montaigne hace todo lo contrario, prefiere filosofar al azar de las circunstancias. Según su criterio, nunca se llega a conocer el fondo de los fenómenos, solo conseguimos averiguar algunos aspectos, debido a la gran diversidad de causas que concurren en ellos y de las consecuencias que se derivan. Dicho en sus palabras, por mucho que pensemos y estudiemos solo logramos alcanzar una docta ignorancia, debido a lo cual, y dada la cercanía de la verdad y la falsedad, aconseja mantener un sano escepticismo respecto a la certeza de lo que creemos saber.

LA BUENA MUERTE

Durante su juventud Montaigne aceptó la idea que Platón pone en boca de Sócrates en su diálogo *Fedón* acerca de que ejercitarse en la filosofía sirve como preparación para la muerte y ayuda a perderle el miedo; cuando se cayó del caballo dejó de creer en esa reflexión. Comprendió que no se puede ensayar la muerte, porque puede sorprenderte en cualquier momento y de mil maneras. Llegó a la conclusión de que se muere como se vive y que, por tanto, no hace falta mucha preparación.

Nos cuenta que, aparte de la caída del caballo, se encontró varias veces en peligro de muerte. La primera fue cuando una partida de hugonotes, vecinos de la zona y a quienes conocía, se apoderaron de su casa mediante una artimaña, haciéndose pasar por jinetes perseguidos para que les abrieran las puertas de la hacienda. Montaigne atribuye a su buena fama, amabilidad y franqueza con ellos haber podido librar a su gente de males mayores.

La segunda ocurrió durante una epidemia de peste en su comarca; se vio obligado a huir con su familia y sirvientes, cruzando tierras desoladas, con las labores agrícolas abandonadas y surcadas de sepulturas recientes. Pasaron seis meses solicitando refugio, saltando de casa en casa de amigos, que los recibían con el temor de que los contagiaran y que los despedían tan pronto alguno de ellos mostraba signos de cualquier enfermedad. La tercera sucedió mientras encabezaba una misión diplomática; sus miembros se vieron rodeados en un bosque por una tropa de soldados convertidos en asaltantes de caminos, que les robaron su dinero y equipajes. Fueron liberados sin violencia tras acordar el monto del rescate gracias a las dotes negociadoras de Montaigne, que se basaban, como buen mediador político, en estar abierto a la verdad de todas las partes implicadas.

Montaigne recomienda imaginar de vez en cuando la muerte propia para perderle el miedo; opina que se vive con mucha tranquilidad cuando se logra despreciarla. Ese ejercicio tiene gran valor educativo, porque quien aprende a morir aprende a no someterse a nadie ni a nada. Afirma, como buen cristiano, estar en

contra del suicidio, pero nos recuerda que los antiguos lo admitían para librarse de males insufribles, por trastornos mentales o para evitar algo peor. Piensa que es una muerte feliz la que ocurre de improviso y declara que le gustaría morir lejos de casa y a caballo. Para nuestro filósofo la utilidad del vivir no reside en su duración, sino en su uso; por eso nos advierte que no dejemos que nuestras vidas se conviertan en una sucesión mecánica de tareas y ocupaciones. Alto y claro nos enseña Montaigne: Tómate el tiempo de vivir, gozar del momento es la mejor manera de estar en el mundo.